

«Con Marx y contra Marx»: *el materialismo en Pierre Bourdieu*

ALICIA B. GUTIÉRREZ

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

RESUMEN

Bourdieu ha dicho explícitamente a lo largo de su trabajo que su construcción teórica se ha inspirado en los tres pilares de la sociología: Marx, Durkheim y Max Weber.

Por ello, al hacer hincapié en la presencia del materialismo en Pierre Bourdieu, es necesario simultáneamente hacer referencia a los otros dos sociólogos mencionados. Entre los acercamientos a Marx, se señala el rechazo a la teoría pura, la construcción del hecho científico, la insistencia en la explicación de los fenómenos sociales por sus causas sociales e históricas, el principio de la no-conciencia y la ilusión de la transparencia, la concepción relacional de lo social y la concepción agonística de la acción social. En la dialéctica acercamientos-rupturas con Marx, se trabaja especialmente la «economía de las prácticas» y la teoría de las clases en sus dos dimensiones: su construcción y su papel en la explicación de las prácticas sociales.

Palabras clave: Bourdieu, Marx, teoría del conocimiento, clases, economía de las prácticas.

ABSTRACT

Bourdieu has explicitly said along his work that his theoretical construction has been inspired in the pillars of Sociology: Marx, Durkheim and Max Weber.

For this reason, when emphasizing the presence of materialism in Pierre Bourdieu, it is necessary at the same time to make reference to the other sociologists above mentioned. Referring to Marx' approaches, the reject to pure theory is pointed out as well as the construction of the scientific fact, the insistence on the explanation of social phenomena by its social and historical causes, the principle of the «non-conscience», and the illusion of transparency, the relational conception of the social events and the agonistic concep-

tion of the social action. In the dialectic approaches-ruptures with Marx, the «economy of practices» and the theory of classes are specially treated and its two dimensions: its construction and its role explaining social practices.

Key words: Bourdieu, Marx, Knowledge theory, classes, economy of practices.

1. Introducción

«He recordado a menudo, especialmente a propósito de mi relación con Max Weber, que se puede pensar con un pensador contra ese pensador. Por ejemplo, construí la noción de campo a la vez *contra* Weber y *con* Weber, al reflexionar sobre el análisis que él propone sobre las relaciones entre sacerdote, profeta y hechicero. Decir que se puede pensar a la vez con y contra un pensador es contradecir radicalmente la lógica clasificatoria en la cual se tiene costumbre —casi en todas partes, ay, pero sobre todo en Francia— de pensar la relación con los pensamientos del pasado. Por Marx como decía Althusser, o contra Marx. Pienso que se puede pensar con Marx contra Marx o con Durkheim contra Durkheim, y también, seguramente, con Marx y Durkheim contra Weber, y recíprocamente. Es así como marcha la ciencia» (Bourdieu, 1988a).

Es indudable la influencia, por otra parte explícitamente reconocida, de los tres grandes pilares de la sociología —Marx, Durkheim y Max Weber— en la teoría de Pierre Bourdieu. Su construcción teórica es el resultado de una confluencia de tradiciones filosóficas y socio-históricas que la lógica intelectual y universitaria ha tendido siempre a sostener de manera separadas, incluso como enemigas : Marx y Mauss, Durkheim y Weber, Cassirer y Wittgenstein, Husserl y Lévi-Strauss, Merleau-Ponty y Austin, Bachelard y Panofsky. (Wacquant, 1996).

Haciendo una breve referencia a los otros aportes, pretendo señalar aquí los aspectos fundamentales de la presencia del materialismo en la obra de Bourdieu: sus acercamientos y sus rupturas más importantes, que, junto con otros acercamientos y otras rupturas han permitido consolidar y construir una perspectiva analítica propia y fecunda para explicar y comprender diversos fenómenos sociales.

2. Con Marx (y con Durkheim): el rechazo a la teoría pura

Con Marx, el primer punto de confluencia que puede señalarse en la perspectiva de Pierre Bourdieu es el rechazo a la teoría pura como discurso desprendido de todo referente empírico y que procede de una postura contemplativa que

ubica al sociólogo en una suerte de espectador del mundo social: para Bourdieu, como para Marx (y para Durkheim), la actividad teórica no es separable del trabajo empírico, del trabajo científico de construcción de un objeto sociológico concreto (Wacquant, op. cit.).

«Allí donde termina la especulación, en la vida real, comienza también la ciencia real y positiva, la exposición de la acción práctica, del proceso práctico de desarrollo de los hombres. Terminan allí las frases sobre la conciencia y pasa a ocupar su sitio el saber real. La filosofía independiente pierde, con la exposición de la realidad, el medio en que puede existir. En lugar de ella puede aparecer, a lo sumo, un compendio de los resultados más generales, abstraído de la consideración del desarrollo histórico de los hombres. Estas abstracciones de por sí, separadas de la historia real, carecen de todo valor» (Marx y Engels, 1845-46/1970).

Así, Marx sostiene que es la observación empírica, en cada caso particular la que debe demostrar empíricamente y sin mistificación ni especulación, la interpenetración dinámica de las ideas, de las concepciones y de la conciencia con las relaciones materiales que ligan a los hombres. (Ibídem)¹

Como lo señalan Accardo y Corcuff (1986), la sociología de Bourdieu es una sociología que se ha conformado en una polémica constante de las ideas y de los hechos, en ruptura tanto con la sociología espontánea —que olvida la jerarquía de los actos epistemológicos y subordina la ruptura y la construcción a la comprobación de los hechos—, como contra el ensayismo y el profetismo —que ignora que el método no puede ser estudiado independientemente de las investigaciones en que se lo emplea, es decir, al margen de las situaciones concretas de la práctica científica—. En otras palabras, como partidario de una ciencia social total, el autor se opone tanto al teoricismo —actitud intelectual que opone resistencia a lo empírico— como al metodologismo —tendencia que lleva a cultivar el método por sí mismo, y a separar la reflexión sobre el método de su utilización concreta en el trabajo científico—².

¹ Wacquant (op. cit.) señala con toda claridad que esta premisa se asocia al precepto durkheimiano que obliga al sociólogo a no contentarse con meditaciones metafísicas a la hora de explicar los hechos sociales, sino que debe tomar por objeto de sus investigaciones grupos de hechos bien circunscriptos empíricamente.

² Una «ciencia social total», que pretende comprender y explicar las prácticas sociales, supone la ruptura con falsas dicotomías: teoría vs. empiria, individuo vs. sociedad, objetivismo vs. subjetivismo, reproducción vs. cambio, lo económico vs. lo no-económico, métodos cuantitativos vs. métodos cualitativos, etc.

En esta manera de abordar la realidad social, todo acto de investigación es, a la vez, empírico y teórico. Así, la más pequeña operación empírica —la elección de una escala de medida, la inclusión de un ítem en un cuestionario, etc.— implica elecciones teóricas conscientes o inconscientes, mientras que la más abstracta de las dificultades conceptuales no puede ser completamente resuelta sino por medio de una confrontación sistemática con la realidad empírica (Bourdieu y Wacquant, 1992)³.

3. Con Marx (y con Weber): la construcción del hecho científico

Cuando en la Introducción general a la crítica de la economía política de 1857, Marx resumía los principios de su método, rechazaba simultáneamente «la ilusión de Hegel» que considera a lo real como el resultado del pensamiento que se reabsorbe en sí mismo y la ingenuidad de los empiristas que toman por objeto científico el objeto «real» en su totalidad concreta, sin advertir que este procedimiento no hace más que asumir las abstracciones del sentido común negándose a realizar el trabajo de abstracción científica que implica siempre una problemática histórica y socialmente constituida. Aquí lo «concreto pensado», que la investigación reconstruye al finalizar su trabajo, es distinto del «sujeto real» que subsiste, tanto antes como después, en su autonomía fuera del espíritu.

«El todo, tal como aparece en la mente como todo del pensamiento, es un producto de la mente que piensa y que se apropia el mundo del único modo posible, modo que difiere de la apropiación de ese mundo en el arte, la religión, el espíritu práctico. El sujeto real mantiene, antes como después, su autonomía fuera de la mente, por lo menos durante el tiempo en que el cerebro se comporte únicamente de manera especulativa, teórica. En consecuencia, también en el método teórico es necesario que el sujeto, la sociedad, esté siempre presente en la representación como pre-misa» (Marx, 1857/1968: 22).

En la perspectiva de Bourdieu, cuando se habla de *conceptos*, se hace referencia a *conceptos contruidos*, a construcciones operadas por el investigador sobre la realidad social. Esto significa el reconocimiento de que «los hechos no hablan por

³ Estos y otros aspectos que hacen a la sociología de Bourdieu, en el marco de una aproximación conceptual de su trabajo, pueden verse en Gutiérrez, 2002, que se ha tomado como base para la elaboración de estas páginas.

sí mismos», es decir, que no tienen un sentido independiente de la grilla de lectura que cada uno le aplique (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1975)⁴.

Objeto real y objeto construido son categorías epistemológicas diferentes. En efecto, la realidad es compleja y presenta múltiples aspectos que pueden apreenderse de modo diferente según el marco teórico a partir del cual se la aborda: según la perspectiva de análisis del investigador, ciertas facetas de lo real serán percibidas como más importantes, otras como secundarias o accesorias, mientras que otras podrán no ser tenidas en cuenta⁵.

Hablar de conceptos construidos, significa, además, reconocer con Bachelard que *el hecho científico se conquista, construye, comprueba*, e implica,

«rechazar al mismo tiempo el empirismo que reduce el acto científico a una comprobación, y el convencionalismo que sólo le opone los preámbulos a la construcción» (Bourdieu, Chamboredon, Passeron, J.C., op. cit.: 25).

Ahora bien, es necesario aclarar que decir que el hecho científico se conquista, construye, comprueba, es enunciar *el orden lógico de los actos epistemológicos*: ruptura, construcción, prueba de los hechos. No significa que a cada uno de ellos correspondan operaciones sucesivas ligadas a instrumentos específicos. Es decir, el orden lógico de los actos epistemológicos no se reduce al orden cronológico de las operaciones concretas de la investigación, en la medida en que el modelo teórico es, inseparablemente, construcción y ruptura.

⁴ En la obra citada, éste y otros aspectos concernientes al oficio de sociólogo son tratados detallada y rigurosamente. Allí los autores examinan los presupuestos básicos de la ciencia sociológica, incluyendo textos de diferentes autores y comentarios críticos, con el objeto de *«proporcionar los medios para adquirir una disposición mental que sea condición de la invención y de la prueba»*. Retoman especialmente trabajos de quienes pueden considerarse como referentes necesarios de la sociología como Durkheim, Marx y Max Weber, alejados en el plano de la teoría del sistema social, pero cercanos, a juicio de los autores, en la aplicación de los principios fundamentales de la teoría del conocimiento sociológico.

⁵ Al tomar como punto de partida la complejidad de lo real y por ello, la necesidad de seleccionar ciertos aspectos de la misma en el acto de conocimiento, Max Weber señalaba: «No existe ningún análisis científico 'objetivo' de la vida cultural o bien de los 'fenómenos sociales', que fuese independiente de unas perspectivas especiales y 'parciales' que de forma expresa o tácita, consciente o inconsciente, las eligiese, analizase y articulase plásticamente. La razón se debe al carácter particular del fin del conocimiento de todo trabajo de las ciencias sociales que quiera ir más allá de un estudio formal de las normas-legales o convencionales- de la convivencia social». (Weber, 1984: 140).

Dentro de esta perspectiva epistemológica, el hecho *se conquista contra la ilusión del saber inmediato*, situación que lleva implícita una constante actitud de vigilancia epistemológica y de rigor metodológico.

Retomando en estos aspectos a Durkheim (1985), se postula una polémica ininterrumpida contra las prenociones, representaciones esquemáticas y sumarias de la realidad, que reciben su autoridad y eficacia del hecho de que cumplen ciertas funciones sociales:

«La familiaridad con el universo social constituye el obstáculo epistemológico por excelencia para el sociólogo, por que produce continuamente concepciones o sistematizaciones ficticias, al mismo tiempo que sus condiciones de credibilidad». (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, op. cit.: 27).

La actitud de constante vigilancia epistemológica y de rigor metodológico, se impone pues, especialmente en el caso de las ciencias del hombre. En ellas es más imprecisa la separación entre la opinión común y el discurso científico, entre el *objeto real*, preconstruido por la percepción, y el *objeto científico*, concebido como sistema de relaciones expresamente construido.

En relación con lo que estoy planteando, dicen los autores citados:

«La sociología sería menos vulnerable a la tentación del empirismo si bastase con recordarle, como decía Poincaré, que ‘los hechos no hablan’. Quizá la maldición de las ciencias del hombre sea la de ocuparse de un objeto que habla. En efecto, cuando el sociólogo quiere sacar de los hechos la problemática y los conceptos teóricos que le permiten construirlos y analizarlos, siempre corre el riesgo de sacarlos de la boca de sus informantes. No basta que el sociólogo escuche a los sujetos, registre fielmente sus palabras y razones, para explicar su conducta y aun las justificaciones que proponen: al hacer esto, corre el riesgo de sustituir lisa y llanamente a sus propias prenociones por las prenociones de quienes estudia o por una mezcla falsamente científica y falsamente objetiva de la sociología espontánea del ‘científico’ y de la sociología espontánea de su objeto» (Ibíd.: 57).

Es decir, no basta con reconocer que el objeto científico se construye sino que hay que saber construirlo deliberada y metódicamente, mediante técnicas y procedimientos de construcción adecuados a los problemas planteados. Los procedimientos de construcción no explicitados, no conscientes —aunque no por ello menos presentes en el acto de conocimiento—, tienen mayores posibilidades de no ser controlados, y por la misma razón, mayores posibilidades de ser inad-

cuados al objeto de estudio. En estas condiciones pues, plantear su problemática y elaborar una grilla de análisis constituye para el sociólogo, una elección consciente y controlada de un cierto número de útiles intelectuales que apunten a interrogar la realidad y a construir los hechos científicos.

Cabe destacar también, con respecto al objeto de investigación seleccionado que:

«por más parcial y parcelario que sea, no puede ser definido y construido sino en función de una problemática teórica, que permita someter a un sistemático examen todos los aspectos de la realidad puestos en relación por los problemas que le son planteados» (Ibíd.: 54).

Así, dentro de la teoría de Bourdieu, cuando hablamos de conceptos, nos referimos a conceptos construidos y sistémicos, es decir, mutuamente interrelacionados en un contexto estructural, de modo que su utilización supone la referencia permanente al sistema total de las relaciones en el cual están insertos. En otros términos, son concebidos para ser puestos en marcha empíricamente de manera sistemática: constituyen partes entrelazadas de un todo, que se comprenden y son válidas como instrumentos de análisis sólo en la medida en que son considerados conjuntamente, en el interior del sistema teórico que configuran. En definitiva, el análisis de cada uno de estos conceptos remite siempre a los otros, situación que posibilita también un mayor control metodológico tanto en relación con la teoría misma como en su adecuación a la realidad que se pretende construir⁶.

4. Con Marx (y con Durkheim y con Weber): los fenómenos sociales se explican por sus causas sociales e históricas

«Los economistas razonan de manera singular. Para ellos no hay más que dos clases de instituciones: unas artificiales y otras naturales. Las instituciones del feudalismo son artificiales y las de la burguesía son naturales. Aquí los economistas se parecen a los teólogos, que a su vez establecen dos clases de religiones. Toda religión extraña es pura invención humana, mientras que su propia religión es una emanación de Dios. Al decir que las actuales relaciones —las de la producción burguesa— son naturales, los economistas dan a entender que se trata precisamente de

⁶ En relación con ello, puede verse lo que Lukács dice sobre el concepto de *totalidad*, como uno de los aportes claves de Marx. (Luckács, 1969).

unas relaciones bajo las cuales se crea la riqueza y se desarrollan las fuerzas productivas de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Por consiguiente, estas relaciones son en sí leyes naturales, independientes de la influencia del tiempo. Son leyes eternas que deben regir siempre la sociedad» (Marx, 1847/1974: 104).

Marx ha demostrado en diversas ocasiones que cuando las propiedades o las consecuencias de un sistema social son atribuidas a «la naturaleza» es porque se olvida su génesis y sus funciones históricas, es decir todos aquellos elementos que lo constituye como un sistema de relaciones. Según Marx, este error de método es tan frecuente por las funciones ideológicas que cumple, en la medida en que logra, al menos imaginariamente, «eliminar la historia».

En la perspectiva teórica de Bourdieu se conjugan la prohibición de Marx de eternizar en la naturaleza todo aquello que es producto de la historia, semejante al precepto durkheimiano que exige que lo social sea explicado por lo social y sólo por lo social y al weberiano que muestra la esterilidad de la explicación de las especificidades históricas por tendencias universales. Las tres visiones confluyen en una cuestión central: el rechazo de todos los intentos por definir la verdad de un fenómeno cultural independientemente del sistema de relaciones históricas y sociales de la cual es parte.

Así, dentro del marco teórico-metodológico de Bourdieu, se pretende explicar las acciones sociales —hasta donde ello es posible— desde una perspectiva sociológica, y *como si* fueran totalmente explicables sociológicamente

Es decir, no se trata de reivindicar para la sociología un objeto real espacialmente distinto del de las otras ciencias del hombre, ni de querer explicar sociológicamente todos los aspectos de la realidad humana, sino que se pretende explicitar:

«la fuerza de la decisión metodológica de no renunciar anticipadamente al derecho a la explicación sociológica o, en otros términos, no recurrir a un principio de explicación tomado de otras ciencias, ya se trate de la biología o de la psicología, en tanto que la eficacia de los métodos de explicación propiamente sociológicos no haya sido completamente agotada» (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, op. cit.: 36).

Y pretender explicar las acciones sociales —hasta donde ello es posible— desde una perspectiva sociológica, lleva consigo la convicción de que la sola descripción de las condiciones objetivas no logra explicar totalmente el condicionamiento social de las prácticas: es importante también rescatar al agente social que produce las prácticas y a su proceso de producción. Pero se trata de rescatarlo, no

en cuanto individuo sino como agente socializado, es decir, de aprehenderlo a través de aquellos elementos objetivos que son producto de lo social.

Esta actitud metodológica lleva necesariamente a sustituir la relación ingenua entre el *individuo* y la *sociedad*, por la *relación construida* entre los dos modos de existencia de lo social: las estructuras sociales externas, lo social hecho cosas, plasmado en condiciones objetivas, y las estructuras sociales internalizadas, lo social hecho cuerpo, incorporado al agente.

Las «estructuras sociales externas» se refieren a *campos de posiciones sociales históricamente constituidos* y las «estructuras sociales internalizadas» a *habitus*, sistemas de disposiciones (a actuar, a percibir, a evaluar) incorporados por los agentes a lo largo de su trayectoria social.

Creo aquí importante señalar que en la teoría de Bourdieu, a través de la relación dialéctica entre ambos conceptos construidos —*campo* y *habitus*—, se propone la necesidad de superar —y un camino metodológico para lograrlo— la falsa dicotomía planteada en las ciencias sociales, entre *objetivismo* y *subjetivismo*.

Para Bourdieu, tanto el objetivismo como el subjetivismo constituyen «modos de conocimiento teórico» (*savant*), es decir, modos de conocimiento de sujetos de conocimiento que analizan una problemática social determinada, igualmente opuestos al «modo de conocimiento práctico», que es aquél que tienen los individuos «analizados» —los agentes sociales que producen su práctica— y que constituye el origen de la experiencia sobre el mundo social.

Ambas maneras de abordar la realidad son igualmente parciales: El modo de pensamiento objetivista rescata las relaciones objetivas que condicionan las prácticas (el *sentido objetivo*), pero no puede dar cuenta del sentido vivido de las mismas, ni de la dialéctica que se establece entre lo objetivo y lo subjetivo. El modo de pensamiento subjetivista toma en cuenta el *sentido vivido* de las prácticas, las percepciones y representaciones de los agentes, sin considerar las condiciones sociales y económicas que constituyen el fundamento de sus experiencias (Bourdieu, 1980).

Ahora bien, dado que las estructuras sociales existen dos veces, que lo social está conformado por relaciones objetivas, pero que también los individuos tienen un conocimiento práctico de esas relaciones —una manera de percibirlas, de evaluarlas, de sentir las, de vivirlas—, e invierten ese conocimiento práctico en sus actividades ordinarias, se impone al sociólogo, como se verá más adelante, una doble lectura de su objeto de estudio.

5. Con Marx (y con Weber y con Durkheim): el principio de la no-conciencia y la ilusión de la transparencia

En el prefacio a la Contribución a la crítica de la economía política, Marx señalaba:

«El resultado final a que llegué y que, una vez alcanzado, sirvió de hilo conductor a mis estudios, se puede resumir así: en la producción social de su vida, los hombres entran en determinadas relaciones, necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina el carácter general de los procesos de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia del hombre lo que determina su ser, sino al contrario, su ser social lo que determina su conciencia» (Marx, 1978: 71).

Aquí y en otros escritos de Marx, uno puede ver dos consecuencias importantes, la primera de las cuales será tratada en este apartado: Siendo el hombre producto de sus relaciones sociales, es ilusorio pensar en la «transparencia» de sus acciones, sin analizar en primer lugar esas relaciones sociales. El mismo Durkheim reconocía a Marx el mérito de haber roto con la ilusión de la transparencia:

«Creemos fecunda la idea de que la vida social debe explicarse, no por la concepción que se hacen los que en ella participan, sino por las causas profundas que escapan a su conciencia» (Durkheim, 1897: 648).

La independencia de las relaciones sociales respecto a la conciencia y a la voluntad de los individuos, semejante al postulado durkheimiano de que los hechos sociales tienen una manera de ser constante y una naturaleza que no depende de la arbitrariedad individual (y de donde derivan relaciones necesarias) y a la actitud weberiana de la proscripción de la reducción del sentido cultural de las acciones a las intenciones subjetivas de los actores, lleva a la sociología de Bourdieu a sostener que:

«las relaciones sociales no podrían reducirse a relaciones entre subjetividades animadas de intenciones o ‘motivaciones’ porque ellas se establecen entre condiciones y posiciones sociales y tienen, al mismo tiempo, más realidad que los sujetos que ligan» (Bourdieu, Chamboredon y Passeron: 33).

En ese sentido, la asunción del «principio de la no-conciencia y la ilusión de la transparencia» lleva a adoptar lo que Bourdieu, Chamboredon y Passeron llaman: el objetivismo provisorio.

Pero ya he mencionado la ontología bourdiana: lo social existe de doble manera, en las cosas y en los cuerpos, bajo la forma de «estructuras objetivas externas» y bajo la forma de «estructuras objetivas incorporadas», por ello, el sociólogo debe hacer una doble lectura de su objeto de análisis:

«La sociología supone, por su misma existencia, la superación de la oposición ficticia que subjetivistas y objetivistas hacen surgir arbitrariamente. Si la sociología es posible como ciencia objetiva, es porque existen relaciones exteriores, necesarias, independiente de las voluntades individuales y, si se quiere inconscientes (en el sentido de que no son objeto de la simple reflexión) que no pueden ser captadas sino por los rodeos de la observación y de la experimentación objetivas. (...) Pero, a diferencia de las ciencias naturales, una antropología total no puede detenerse en una construcción de las relaciones objetivas porque la experiencia de las significaciones forma parte de la significación total de la experiencia (...), la descripción de la subjetividad-objetividad remite a la descripción de la interiorización de la objetividad» (Bourdieu *et al.*, 1970: 18-20).

Para Bourdieu pues, objetivismo y subjetivismo son perspectivas parciales pero no son irreconciliables. Ambas representan dos momentos del análisis sociológico, momentos que están en una relación dialéctica:

- a. Las estructuras objetivas que construye el investigador en el momento objetivista (construcción del sistema de relaciones objetivas en el cual los individuos se hallan insertos),

«al apartar las representaciones subjetivas de los agentes, son el fundamento de las representaciones subjetivas y constituyen las coacciones estructurales que pesan sobre las interacciones» (Bourdieu, 1988b: 129).

- b. Pero, por otro lado,

«esas representaciones también deben ser consideradas si se quiere dar cuenta especialmente de las luchas cotidianas individuales o colectivas, que tienden a transformar o a conservar esas estructuras» (Ibid.).

Dicho de otro modo, la realidad social es también un objeto de percepción y la ciencia social debe tomar por objeto de análisis, a la vez, la realidad y la per-

cepción de esa realidad, teniendo en cuenta que las estructuras objetivas externas son el fundamento y condición de las percepciones y representaciones de las mismas. Con ello, se estaría postulando una primacía lógica del momento objetivista:

«La construcción del mundo de los agentes se opera bajo condiciones estructurales, por lo tanto, las representaciones de los agentes varían según su posición (y los intereses asociados) y según su habitus, como sistema de esquemas de percepción y apreciación, como estructuras cognitivas y evaluativas que adquieren a través de la experiencia duradera de una posición del mundo social» (Ibid: 134).

En su momento objetivista —*objetivismo provisorio*—, la sociología analiza campos de posiciones relativas y de relaciones objetivas entre esas posiciones; en su momento subjetivista, analiza las perspectivas, los puntos de vista que los agentes tienen sobre la realidad, en función de su posición en el espacio social objetivo.

Ahora bien, teniendo en cuenta que la visión del mundo de los agentes sociales está asociada al lugar que ocupa en ese mundo, y lo que decía más arriba acerca de que la sociología construye su objeto, es necesario señalar que todo ello supone, para el sociólogo, no sólo pensar en términos de «construcción de la realidad social», sino también y más precisamente en términos de «*construcción social de la realidad social*».

Considerar la *construcción social de la realidad social* desde la perspectiva de Bourdieu, implica plantear una manera de mirar y analizar los condicionamientos sociales que afectan al proceso de investigación, tomando como punto especial de la mirada, al propio investigador y sus relaciones.

Se trataría, para utilizar las palabras del autor, de «objetivar al sujeto objetivante», es decir, de ubicar al investigador en una posición determinada y analizar las relaciones que mantiene, por un lado, con la realidad que analiza y con los agentes cuyas prácticas investiga, y, por otro, las que a la vez lo unen y lo enfrentan con sus pares y las instituciones comprometidas en el juego científico.

El primer tipo de relaciones alude a lo que Bourdieu llama «el sentido de las prácticas», y apunta a reflexionar sobre las posibilidades de aprehender la lógica que ponen en marcha los agentes sociales que producen su práctica, que actúan en un tiempo y en un contexto determinado. Esta lógica es diferente a la «lógica científica», la lógica que el investigador implica en su intento de comprender y explicar la problemática que le preocupa.

El segundo tipo de relaciones alude a los condicionamientos sociales que afectan la producción del conocimiento sociológico en la medida en que el sociólogo forma parte de un espacio de juego: el campo científico.

Por todo ello, sólo mediante una reflexión crítica y la subordinación de la práctica científica a un conocimiento del «sujeto de conocimiento» y de su relación con el objeto, es posible superar la falsa antinomia entre objetivismo y subjetivismo, y a la vez, recuperar los logros de ambas perspectivas y avanzar así en la comprensión y explicación de las prácticas sociales.

6. Con Marx (y con Durkheim): concepción relacional de lo social

Del párrafo citado del Prefacio a la Contribución a la crítica de la economía política puede derivarse otra consecuencia importante en la manera de abordar los fenómenos sociales: una concepción relacional de lo social.

En efecto, como lo señala Wacquant (op. cit.), Bourdieu comparte con Marx y con Durkheim una manera de concebir lo social que necesita reconstituir la red completa de las relaciones subyacentes. Para Marx, la verdadera naturaleza del hombre es la totalidad de las relaciones sociales y acerca de una noción central, como la de capital, no se ha cansado de repetir que «no es una cosa» sino una determinada relación que deriva de una formación social históricamente determinada (Marx, 1978).

Por su parte, en la sociología de Bourdieu sus conceptos son relacionales y uno puede decir que tanto Marx, como Durkheim y como Bourdieu se embarcan en un proyecto de ciencia socio-histórica *total*, susceptible de abarcar la integralidad de los fenómenos humanos, comprendiendo en ellos aquellos que parecen como más refractarios al análisis de lo social, tales como la conciencia, el suicidio o el gusto (Wacquant, op. cit.).

Ahora bien, es necesario hacer algunas precisiones al enfoque relacional de Pierre Bourdieu. En efecto, el autor define a su enfoque teórico como *constructivismo estructuralista* o *estructuralismo constructivista*.

a. Por estructuralismo, quiere decir:

«que existen en el mundo social mismo, y no solamente en los sistemas simbólicos, lenguaje, mito, etc., estructuras objetivas, independientes de la conciencia y de la voluntad de los agentes, que son capaces de orientar o de coaccionar sus prácticas o sus representaciones» (Bourdieu, 1988b: 127).

b. Por constructivismo, entiende:

«que hay una génesis social de una parte de los esquemas de percepción, de pensamiento y de acción que son constitutivos de lo que llamo

habitus, y por otra parte estructuras, y en particular de lo que llamo campos y grupos, especialmente de los que se llama generalmente las clases sociales» (Ibid.).

Señalemos en primer lugar que Bourdieu se acerca a Marx, pero también retoma de una larga tradición estructuralista, el modo de pensamiento relacional, que identifica lo real con *relaciones*, por oposición al pensamiento sustancialista, visión común del mundo social que sólo reconoce como realidades aquéllas que se ofrecen a la intuición directa: el individuo, el grupo, las interacciones. Pensar relacionamente es centrar el análisis en la estructura de las relaciones objetivas —lo que implica un espacio y un momento determinado— que determina las formas que pueden tomar las interacciones y las representaciones que los agentes tienen de la estructura, de su posición en la misma, de sus posibilidades y de sus prácticas:

«El modo de pensamiento sustancialista, que es el del sentido común —y del racismo— y que lleva a tratar las actividades o las preferencias propias de ciertos individuos o ciertos grupos de una cierta sociedad en un cierto momento, como propiedades sustanciales, inscritas de una vez para siempre en una suerte de esencia biológica o —lo que no es mejor— cultural, conduce a los mismos errores en la comparación no sólo entre sociedades diferentes, sino también entre períodos sucesivos de la misma sociedad.(...) En resumen, es necesario cuidarse de transformar en propiedades necesarias e intrínsecas de un grupo cualquiera (la nobleza, los samurais, tanto como los obreros o los empleados) las propiedades que les incumben en un momento dado del tiempo del hecho de su posición en un espacio social determinado, y en un estado determinado de la oferta de los bienes y de las prácticas posibles» (Bourdieu, 1994: 18-19).

La perspectiva relacional, que se ubica en el centro de la visión sociológica de Bourdieu no constituye pues, una novedad. Sin embargo, de acuerdo con Wacquant, lo que significa un aporte importante del autor para el análisis de las prácticas sociales en términos relacionales, es el rigor metodológico con el cual desarrolla su concepción.

Ello queda atestiguado fundamentalmente en dos hechos: primero, sus dos conceptos centrales (*campo* y *habitus*), constituyen nudos de relaciones. Un campo consiste en un conjunto de relaciones objetivas entre posiciones históricamente definidas, mientras que el habitus toma la forma de un conjunto de relaciones históricas incorporadas a los agentes sociales. Segundo, ambos conceptos son igualmente relacionales, en el sentido en que se comprenden *uno en relación*

con el otro: un campo no es una estructura muerta, es un espacio de juego que existe en cuanto tal, en la medida en que hay jugadores dispuestos a jugar el juego, que creen en las inversiones y recompensas, que están dotados de un conjunto de disposiciones que implican a la vez la propensión y la capacidad de entrar en el juego y de luchar por las apuestas y compromisos que allí se juegan (Bourdieu y Wacquant, op. cit.).

En segundo lugar, es importante destacar que el autor introduce la dimensión histórica⁷ en el modo de pensamiento relacional, y con ello, toma distancias respecto a la tradición estructuralista:

... «diría que trato de elaborar un 'estructuralismo genético': el análisis de las estructuras objetivas —las de los diferentes campos— es inseparable del análisis de la génesis, en el seno de los individuos biológicos, de las estructuras mentales que son por una parte el producto de la incorporación de las estructuras sociales, y del análisis de la génesis de estas estructuras sociales mismas: el espacio social, y los grupos que en él se distribuyen, son el producto de luchas históricas (en las cuales los agentes se comprometen en función de su posición en el espacio social y de las estructuras mentales a través de las cuales aprehenden ese espacio)» (Bourdieu, 1988b: 26).

Es decir, el análisis tanto de las estructuras sociales externas como de las estructuras sociales internalizadas comprende dos dimensiones: sincrónica y diacrónica. Por un lado, no sólo hay que tener en cuenta los diferentes sistemas de relaciones objetivas tal como se presentan en el momento del análisis, sino también como se han ido conformando y reestructurando esos sistemas en términos de campos de posiciones sociales relativamente autónomos. Por otro lado, los esquemas de generación y organización, de percepción y de apreciación de prácticas, deben ser analizados como procesos de incorporación de hábitos, con relación a la trayectoria modal de la clase social en la que se ubica a los agentes sociales, y con relación a la trayectoria individual de dichos agentes insertos en los diferentes campos.

⁷ «Lo propio de las realidades históricas es que se puede siempre establecer que hubiera podido ser de otra manera, que va de otra manera a otra parte, en otras condiciones. Lo que quiere decir que, al historizar, la sociología desnaturaliza, desfataliza» (Bourdieu, 1988c: 27).

7. Con Marx (y con Weber) contra Durkheim: concepción agonística de la acción social

Otro punto de confluencia que señala Wacquant entre Bourdieu y Marx, y a la vez con Weber, pero distanciados de Durkheim es la concepción agonística de la acción social. A los ojos de los tres autores, las configuraciones sociales son, en todo tiempo y en todo lugar el producto de luchas.

Así como para Marx la historia es la historia de las luchas de clases, para Bourdieu las permanentes luchas entre los agentes se desarrollan en los diferentes campos. Inspirado en los análisis de Weber sobre la sociología de las religiones, Bourdieu construyó su noción de campo (que reemplaza a la de estructura) como un espacio de fuerzas constituido por la distribución desigual de un capital que genera posiciones diferentes entre los agentes y las instituciones que participan, que comparten intereses y apuestas —una *illusio*, una *creencia*— y que *luchan* por la acumulación de ese capital específico.

Para Bourdieu entonces, todo ámbito de las prácticas sociales constituye un campo de relaciones de fuerzas entre los participantes y de luchas por mantener o subvertir, según sus posiciones y su capital específico asociado, esas relaciones de fuerza.

8. Con Marx y contra Marx: la economía de las prácticas

Pero en algún sentido, la noción de campo fue construida también, simultáneamente, con Marx y contra Marx.

En efecto, uno de los aportes fundamentales del trabajo de Bourdieu, es el de extender la *lógica económica* al análisis de toda práctica social, y es en ese sentido que uno puede decir que, a la vez que recupera a Marx, Bourdieu marca una ruptura con el marxismo.

Recupera a Marx en cuanto retoma su lógica de análisis en términos de *lógica económica*, pero marca una ruptura al extender esa lógica a otros campos diferentes que el económico, logrando así construir instrumentos que permiten explicar las prácticas sociales sin reducirlas exclusivamente a causas económicas:

«Así se descubren conductas que pueden comprenderse como inversiones orientadas hacia la maximización de la utilidad en los universos económicos (en sentido extenso) más diversos, en la plegaria o el sacrificio, que obedecen a veces explícitamente, al principio del *do ut des*, pero también en la lógica de los intercambios simbólicos, con todas las conductas que son percibidas como derroche siempre que se las compare con

los principios de la economía en sentido restringido. La universalidad del principio de economía, es decir la *ratio* en el sentido de cálculo de óptimo, que hace que se pueda racionalizar cualquier conducta, (...) hace creer que se pueden reducir todas las economías a la lógica de una economía: por una universalización del caso particular, se reducen las lógicas económicas, y en particular las lógicas de las economías fundadas en la indiferenciación de las funciones económicas, políticas y religiosas, a la lógica absolutamente singular de la economía en la cual el cálculo económico es explícitamente orientado con relación a los fines exclusivamente económicos que plantea, por su existencia misma, un campo económico constituido en tanto tal, sobre la base del axioma encerrado en la tautología 'los negocios son los negocios'. En ese caso, y solamente en ese caso, el cálculo económico está subordinado a los fines propiamente económicos y la economía es racional formalmente, en los fines y en los medios» (Bourdieu, 1988d: 113).

La ruptura con el marxismo se expresa fundamentalmente en la extensión de los conceptos de *capital* y de *interés* a otros campos sociales que el económico, fenómenos que serán explicitados más adelante.

De este modo, pueden explicarse todas las prácticas, incluso aquéllas que se pretenden desinteresadas o gratuitas, como prácticas económicas, como acciones orientadas hacia la maximización del beneficio, material o simbólico (Bourdieu, 1972).

Así, dentro de la lógica de análisis de Bourdieu, puede hablarse de diversas economías orientadas hacia fines no estrictamente económicos, como la economía de la religión con la lógica de la ofrenda; la economía del honor con el intercambio de dones y contradones, de desafíos y de respuestas; la economía de los intercambios lingüísticos con su lógica específica y sus reglas propias de funcionamiento⁸, etc.

En cierto sentido entonces, puede decirse que se abandona la dicotomía entre lo económico y lo no económico, y se analizan las prácticas económicas como un caso particular de una *ciencia general de la economía de las prácticas*. Es decir,

⁸ En ruptura con Saussure y la autonomización de la lengua con relación a sus condiciones sociales de producción, de reproducción y de utilización, Bourdieu señala la necesidad de elaborar una economía de los intercambios lingüísticos. Se trata de mostrar que si es legítimo tratar las relaciones sociales (y las relaciones de dominación mismas) como interacciones simbólicas, no hay que olvidar que las relaciones de comunicación por excelencia que son los intercambios lingüísticos, son también relaciones de poder simbólico, donde se actualizan las relaciones de fuerza entre los locutores o sus grupos respectivos. Se propone realizar un análisis en términos de mercado lingüístico, donde lo que circula no es la lengua, sino discursos estilísticamente caracterizados (Bourdieu, 1982).

se considera que el campo específicamente económico es susceptible del mismo tipo de análisis que los otros campos; y que las estrategias propiamente económicas de apropiación y defensa del capital, son un caso particular de las estrategias por las cuales los agentes que ocupan diferentes posiciones en los diferentes campos sociales, se esfuerzan y luchan por adquirir o por conservar diferentes variedades de capital.

Ahora bien, la economía de las prácticas de Bourdieu no es ni intencionalista ni utilitarista, aunque utiliza conceptos que, por la forma en que ellos funcionan en otros marcos teórico-metodológicos, podrían sugerirlo.

Así, con la noción de *estrategia*, el autor no hace referencia a la prosecución intencional y planificada de fines calculados, sino al desarrollo activo de líneas *objetivamente* orientadas que obedecen a regularidades y forman configuraciones coherentes y socialmente inteligibles, es decir, comprensibles y explicables, habida cuenta de las condiciones sociales externas e incorporadas por quienes producen las prácticas:

«La teoría de la acción que propongo (con la noción de *habitus*) viene a decir que la mayor parte de las acciones humanas tienen por principio algo completamente distinto a la intención, es decir disposiciones adquiridas que hacen que la acción pueda y deba ser interpretada como orientada hacia tal o cual fin, sin que uno pueda plantear sin embargo que haya tenido por principio la búsqueda consciente de este fin (...) ...el jugador, que ha interiorizado profundamente las regularidades de un juego hace lo que es necesario hacer en el momento en que es necesario hacerlo, sin tener necesidad de plantear explícitamente por fin lo que hay que hacer. No hay necesidad de saber conscientemente lo que hace para hacerlo y menos todavía plantearse explícitamente el problema (salvo en algunas situaciones críticas) de saber explícitamente lo que los otros pueden hacer a su turno, como lo deja creer la visión de jugadores de ajedrez o de bridge que ciertos economistas (sobre todo cuando se arman de la teoría de los juegos) prestan a los agentes» (Bourdieu, 1994: 184).

Con la noción de *interés*, Bourdieu rompe con aquella visión «encantada» y mistificadora de las conductas humanas, que rechaza reconocer las diversas formas de beneficios no materiales que guían a los agentes que aparecen así como «desinteresados», a la vez que sugiere la idea que esos agentes son arrancados de un estado de indiferencia por los estímulos enviados por ciertos campos y no por otros (Bourdieu y Wacquant, op. cit.).

Teniendo en cuenta todos estos elementos, es que puede entenderse lo que el autor llama «la economía de los bienes simbólicos», como la lógica de aquellos

universos sociales que tienen en común crear condiciones objetivas para que los agentes que juegan ese juego tengan allí «interés por el desinterés» (y por lo tanto, *estén interesados*).

Se trata de espacios sociales como el mundo del arte, el de la religión, el de la ciencia, el de la política, el de la economía doméstica, etc., en los cuales el «desinterés» —en sentido estrictamente económico— es recompensado con la obtención de otros beneficios —especialmente simbólicos—, y que descansan sobre el rechazo o la censura del interés económico y sobre la *denegación colectiva* de la verdad económica (Bourdieu, 1994)⁹.

Construir una *teoría general de la economía de las prácticas* no constituye pues una actitud economicista, sino al contrario, implica la voluntad de quitar al economicismo las economías precapitalistas y aquellos sectores de las economías llamadas capitalistas que no funcionan totalmente según la ley del interés como la búsqueda de la maximización del beneficio monetario. Implica también encontrar elementos explicativos de esos universos sociales, rechazando al mismo tiempo la tentación de otorgarles un status de gratuidad, de excepción, de extra-territorialidad, de no-explicación:

«Si el desinterés es posible sociológicamente, es por el reencuentro entre habitus predispuestos al desinterés y universos en los cuales el desinterés es recompensado. Entre estos universos, los más típicos son, con la familia y toda la economía de los intercambios domésticos, los diferentes campos de producción cultural, campo literario, campo artístico, campo científico, etc., microcosmos que se constituyen sobre la base de una inversión de la ley fundamental del mundo económico y en los cuales la ley del interés económico está suspendido. Lo que no quiere decir que no conozcan otras formas de interés: la sociología del arte o de la literatura devela (o desenmascara) y analiza los intereses específicos que son constituidos por el funcionamiento del campo (aquellos que han podido inducir a Breton a quebrar el brazo de un rival en una querrela poética) y por los cuales se está dispuesto a morir» (Bourdieu, 1994: 164).

⁹ En estos universos, la verdad económica es ocultada -activa o pasivamente- y descansa sobre el tabú de la explicitación. Por ello, las prácticas y los discursos son ambiguos, son de «doble faz», aunque no hipócritas: se fundan en la *denegación*. Y el trabajo de denegación es exitoso por que es colectivo, y está fundado sobre la orquestación de los habitus de los agentes que participan en esos juegos y que comparten lo que allí está en juego.

9. Con Marx y contra Marx: la teoría de las clases

«Es cierto que, si hablamos de clase, es esencialmente gracias a Marx. Y se podría decir que, si hay alguna cosa como clases en la realidad, es en gran parte gracias a Marx, o, más exactamente, al efecto de teoría ejercido por la obra de Marx. Siendo así, no diré por eso que la teoría de las clases de Marx me satisfaga. Si no, mi trabajo no tendría ningún sentido» (Bourdieu, 1988a: 57).

Reconociendo la importancia de la teoría de las clases en Marx, me interesan señalar acercamientos y rupturas entre Marx y Bourdieu, en torno a dos cuestiones: cómo se construye una clase en la perspectiva de Bourdieu y qué peso explicativo tiene esa noción para dar cuenta de las prácticas sociales.

9.1. Qué son las «clases» y cómo se construyen

En primer lugar, es necesario señalar que la clase social definida desde la perspectiva de Bourdieu, es también un concepto construido, una clase en el sentido lógico del término y, por lo tanto, una *clase en el papel*:

«Esta clase ‘en el papel’ tiene la existencia teórica propia de las teorías: en la medida en que es el producto de una clasificación explicativa, del todo análoga a la de los zoólogos o los botánicos, permite *explicar* y prever las prácticas y las propiedades de las cosas clasificadas y, entre otras cosas, las conductas de las reuniones grupales. No es en realidad una clase, una clase actual, en el sentido de grupo y de grupo movilizad para la lucha; en rigor podríamos hablar de *clase probable*, en tanto conjunto de agentes que opondrá menos obstáculos objetivos a las empresas de movilización que cualquier otro conjunto de agentes» (Bourdieu, 1985: 25).

Esta manera de concebir la clase supone una **ruptura** con cierta teoría marxista y su tendencia a **privilegiar las sustancias** (es decir, los grupos reales que se pretenden definir, en términos de número de miembros, límites¹⁰, etc.), en detrimento de las *relaciones* y, sobre todo, con la inclinación a considerar la clase

¹⁰ El poder establecer los límites de las clases sociales constituye una problemática importante dentro de la teoría marxista. Ver por ejemplo: Parkin, 1984, especialmente el capítulo II de la primera parte.

teórica, la clase «en el papel», construida por el investigador, como una *clase real*, es decir, como un grupo efectivamente movilizado.

De este modo, se plantea la necesidad de *construir* la clase objetiva, en los siguientes términos:

«...conjunto de agentes que se encuentran situados en unas condiciones de existencia homogéneas que imponen unos condicionamientos homogéneos y producen unos sistemas de disposiciones homogéneas, apropiadas para engendrar unas prácticas semejantes, y que poseen un conjunto de propiedades comunes, propiedades *objetivadas*, a veces garantizadas jurídicamente (como la posesión de bienes o de poderes) o *incorporadas*, como los hábitos de clase (y, en particular, los sistemas de esquemas clasificadores)» (Bourdieu, 1988e: 100).

Ahora bien, ¿cómo se construye una clase social?

Para ir avanzando, puede decirse que las características de una clase social determinada provienen fundamentalmente de la distinción de dos aspectos de la *situación de clase*: la *condición de clase* y la *posición de clase* (Bourdieu, 1973).

La primera está ligada a un cierto tipo de condiciones materiales de existencia y de práctica profesional, la segunda se refiere al lugar ocupado en la estructura de las clases, por relación a las demás clases. Ambas definen propiedades de diferente tipo: propiedades de condición y propiedades de posición.

Ambas categorías están estrechamente relacionadas y no pueden dissociarse: las propiedades ligadas a la condición de clase definen el margen de variación posible de las propiedades de posición. A su vez, estas últimas también pueden diferenciarse: una clase social posee propiedades ligadas a la posición definida sincrónicamente (en un momento determinado del devenir de la estructura social), y propiedades ligadas a la trayectoria de la posición, es decir, definidas en sentido diacrónico:

«Como lo hace Weber, puede aislarse en la condición del campesino lo referente a la situación y a la práctica del trabajador de la tierra, es decir, cierto tipo de relación respecto de la naturaleza, situación de dependencia y de sumisión, correlativa de ciertos rasgos recurrentes de la religiosidad campesina, o lo referente a la posición del campesino en una estructura social determinada, posición extremadamente variable según las sociedades y las épocas, pero dominada por la relación con el habitante de la ciudad y con la vida urbana» (Ibíd: 73).

Claro que, al ser definida la posición de una clase con relación a las posiciones de las demás, las propiedades (tanto las definidas sincrónicamente como las

ligadas al devenir de la posición) son *relativas* a las propiedades asociadas a las posiciones de las otras clases.

Pero además, las características de las diferentes clases sociales dependen también de su *peso funcional* en la estructura de clases, peso que es proporcional a la contribución que aporta cada una a la construcción de esta estructura, y que no está ligado sólo a su importancia numérica:

«Así por ejemplo, en sociedades en que el débil desarrollo de la economía y, más precisamente, de la industria sólo confiere a la burguesía industrial y al proletariado un débil peso funcional, el sistema de relaciones entre la pequeña burguesía que suministra los cuadros administrativos del Estado y el inmenso subproletariado, formado por desocupados, trabajadores intermitentes de las ciudades y campesinos desarraigados, domina y determina toda la estructura de la sociedad» (Íbid: 84)

Puede decirse entonces que una clase social posee propiedades ligadas a las *relaciones objetivas* que mantiene con las demás clases. Pero también posee propiedades ligadas a las *relaciones simbólicas* que sostienen los miembros de una misma clase entre sí y con las demás clases. Se trata de distinciones significantes, que expresan las diferencias de condición y de posición y que, de ese modo, tienden a la *reduplicación simbólica de las diferencias de clase*.

Este sistema de relaciones simbólicas, como relativas al campo de lo simbólico, donde se juegan bienes específicamente simbólicos, constituye un sistema con autonomía relativa. En virtud de ello, desarrolla su propia lógica y sus propias leyes de funcionamiento, razón por la cual las prácticas asociadas a este ámbito deben ser analizadas según esa lógica específica. Claro que —subrayo lo de autonomía relativa—, teniendo en cuenta que las relaciones de sentido se establecen en el margen de variación que dejan las condiciones de existencia.

En otros términos, podría decirse que la condición de clase es definida con categorías de posesión y desposesión de bienes, o del manejo de ciertos bienes; que la posición de clase se refiere más bien a la posesión relativa de los bienes, en términos de mayor o menor, ligadas a una relación de dominación-dependencia; y que las relaciones simbólicas son maneras de usar y de consumir bienes, asociadas a los estilos de vida, estructuradas en términos de inclusión-exclusión, divulgación-distinción, y utilizadas como manera de reforzar, e incluso reproducir, la posición de clase.

Volviendo entonces a lo que se planteaba acerca de cómo se construye una clase, aparece claro que, debido a sus características, se trata de una construcción compleja.

En primer lugar, no puede ser definida, dice Bourdieu, sólo por una propiedad, aunque ésta sea una propiedad muy importante como su posición en las relaciones de producción. Aquí también marca el autor otra ruptura con la concepción de clases en Marx, **ruptura con el economicismo** que define las clases sólo por las relaciones de producción económica y de este modo, reduce el campo social al campo meramente económico¹¹.

Tampoco se define una clase por la suma de propiedades (de sexo, edad, origen social o étnico, de ingresos, de nivel de instrucción), ni mucho menos aún por una cadena de propiedades ordenadas a partir de una propiedad fundamental, como la posición en las relaciones de producción, en términos de una relación causa-efecto:

«...sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes, que confiere su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que ejerce sobre las prácticas» (Bourdieu, 1988e: 104).

Ello implica reconstruir las redes de relaciones que se encuentran en cada uno de los factores determinantes de las clases, y supone romper con un pensamiento lineal por medio de una causalidad estructural de una red de factores.

Ahora bien, los factores constitutivos de la clase construida, no dependen todos entre sí en el mismo grado. Constituyen un sistema cuya estructura está determinada por aquellos factores que tienen el peso funcional más importante: volumen y estructura del capital. Ellos son quienes confieren la forma y el valor específico a las determinaciones que imponen a las prácticas los otros factores (edad, sexo, residencia, etc.).

¹¹ Respecto al principio de diferenciación de clases sociales para Marx, podría decirse que lo constituye la «posición en las relaciones de producción». Ahora bien, según la lectura que hace Balibar de los textos de Marx, un modo de producción históricamente determinado se definiría por la relación establecida entre dos tipos de relaciones: propiedad - no-propiedad de los medios de producción (división social del trabajo) y apropiación real del trabajo, ligada a una división técnica del mismo, entre quienes dirigen y controlan la tarea y quienes la ejecutan. Si esto es así, esta segunda relación, relación de autoridad, constituiría también un principio de definición de clases sociales. (Balibar, 1985).

Di Tella también señala, citando textos de Marx, el mismo principio de definición de clases: el de la división jerárquica del trabajo, llegando incluso a decir que para Marx, éste constituye un principio más importante que el de la propiedad-no-propiedad de los medios de producción. (Di Tella, 1986).

Es decir, respecto a este tema, Marx no ha dado una respuesta taxativa. En el texto relativo a las clases sociales, publicado después de su muerte, señala como factor decisivo la «identidad de los ingresos y de la fuente de ingresos», para luego rescatar la posibilidad de que exista variedad de fuentes de ingresos, de posiciones y de intereses..., luego de lo cual se interrumpe el manuscrito. (Marx, 1978).

En consecuencia, la *clase construida* se define como:

«...conjunto de todos los factores que operan en todos los dominios de la práctica: volumen y estructura del capital definidos puntualmente y en su evolución (trayectoria), sexo, edad, status matrimonial, residencia, etc.» (Bourdieu, 1988e: 112).

Ahora bien, entonces, *volumen y estructura* del capital, y la *evolución histórica* de estas dos propiedades, constituyen las dimensiones fundamentales que permiten construir el espacio social.

En efecto, el volumen global del capital (o conjunto de recursos y poderes efectivamente utilizables, capital económico, cultural, social, simbólico) determina las diferencias primarias que distinguen las grandes clases de condiciones de existencia. La estructura patrimonial (forma particular de distribución del capital global entre las diferentes especies de capital), determina diferencias secundarias, que separan distintas fracciones de clase.

Para el caso de cierto tipo de sociedades, dentro de las especies diferentes de capital, el capital económico y el cultural constituirían los principios fundamentales de estructuración del espacio social, mientras que el capital social y simbólico serían más bien principios de rentabilidad adicional de los otros dos. Es especialmente uno de los últimos trabajos del autor el que me permite inferir esta distinción entre los diferentes capitales:

«...la estructura del espacio social tal como se observa en las sociedades diferenciadas es el producto de dos principios de diferenciación fundamentales, el capital económico y el capital cultural...» (Bourdieu, 1989: 13).

En trabajos anteriores de Bourdieu, en cambio, no aparece explícitamente esta diferenciación, aunque la misma puede percibirse cuando el autor construye un espacio de posiciones e inserta allí estrategias, con el objeto de relacionar determinado tipo de prácticas con posiciones diferenciales del espacio social.

Esto implicaría cierta jerarquización de los capitales —algo de ello fue mencionado cuando se conceptualizaron las distintas especies—, donde el económico y el cultural serían los más importantes, la base de la estructuración del espacio social, y el simbólico (reconocimiento, consagración, etc.) y el social (relaciones sociales que se pueden movilizar en un momento determinado) permitirían, a quien los posee, obtener un rendimiento diferencial del capital de base. Es decir, constituirían una especie de sobreañadido que permitirían jugar mejor las cartas y posibilitarían así mejores jugadas en el espacio social.

Ahora bien, cuando ocurre que la acumulación de ciertas formas de capital están más o menos completamente controladas (especialmente capital económico, pero también cultural), es necesario tomar como hipótesis que existe en esa sociedad otro principio de diferenciación, otra especie de capital cuya distribución desigual (objetiva) genera diferencias en los consumos y los estilos de vida. Un ejemplo de ello puede ser el *capital político* —cierto tipo de capital social y principio fundamental de estructuración del espacio en ciertas sociedades— que, al distribuirse desigualmente, genera diferencias entre los agentes sociales y suele asegurar a sus detentadores una forma de apropiación privada de bienes y de servicios públicos...(Bourdieu, 1994).

Es fundamental entonces, construir y descubrir el principio —o los principios— de diferenciación que permiten aprehender y construir teóricamente el espacio social empíricamente observado:

«Nada permite suponer que ese principio de diferenciación es el mismo en todo tiempo y en todo lugar, en la China de los Ming y en la China contemporánea, o incluso en la Alemania, la Rusia o la Argelia de hoy. Pero a excepción de las sociedades menos diferenciadas (que presentan todavía más diferencias, menos fáciles de medir, según el capital simbólico), todas las sociedades se presentan como espacios sociales, es decir estructuras de diferencias que no se pueden comprender verdaderamente sino a condición de construir el principio generador que funda esas diferencias en la objetividad. Principio que no es otro que la estructura de la distribución de las formas de poder o de las especies de capital que son eficientes en el universo social considerado, y que varían pues, según los lugares y los momentos» (Ibíd.: 54).

En síntesis, el espacio social es un *espacio pluridimensional* de posiciones, donde toda posición actual puede ser definida en función de un sistema pluridimensional de coordenadas, cada una de ellas ligada a la distribución de una especie de capital diferente.

El espacio social es una construcción que, evidentemente, no es igual al espacio geográfico¹²: define acercamientos y distancias *sociales*. Ello quiere decir que no se puede «juntar a cualquiera con cualquiera», que no se pueden ignorar diferencias objetivas fundamentales, pero no implica excluir la posibilidad de

¹² Aunque ambos espacios se relacionan, y, en buena medida el espacio geográfico indica diferencias en el espacio social, y las posibilidades de apropiación del espacio geográfico dependen de las posibilidades sociales...

organizar a los agentes, en ciertas condiciones, momentos y lugares, según otros principios de división, como étnicos o nacionales (Bourdieu, 1985).

En ese espacio, los agentes y grupos de agentes se definen por sus posiciones relativas, según el volumen y la estructura del capital que poseen. Más concretamente, la posición de un agente determinado en el espacio social se define por la posición que ocupa en los diferentes campos, es decir, en la distribución de los poderes que actúan en cada uno de ellos (capital económico, cultural, social, simbólico, en sus distintas especies y subespecies).

En consecuencia, con un corte sincrónico del campo de las luchas de clases, se obtiene un estado de las relaciones de clase, cuya estructura se define por la distribución diferenciada de las distintas especies de capital en ese momento.

Pero la fuerza de que disponen los agentes depende también (además del volumen y estructura del capital que poseen), del *estado de la lucha con respecto a la definición de la apuesta de la lucha* (Bourdieu, 1988e: 243). Se trata de una lucha simbólica por la definición de los instrumentos y de las apuestas legítimas y por el porcentaje de conversión de las distintas especies de capital. Esta es una de las apuestas fundamentales de las luchas (y por lo tanto está expuesta a cambios incesantes) entre las distintas fracciones de clase cuyos poderes y privilegios están vinculados a una u otra de estas especies.

Aquí también marca Bourdieu una ruptura con el marxismo, en otro de sus aspectos:

«...con el **objetivismo**¹³, que corre parejo con el intelectualismo y lleva a ignorar las luchas simbólicas cuyo lugar son los diferentes campos y su disputa la representación misma del mundo social, y en particular la jerarquía en el interior de cada uno de los campos y entre los diferentes campos»¹⁴.

Una ciencia social total debe considerar en primer lugar las estructuras objetivas que organizan el mundo social, pero también debe tener en cuenta las per-

¹³ «El éxito histórico de la teoría marxista, la primera de las teorías sociales con pretensión científica, tan completamente realizada en el mundo social, contribuye así a que la teoría del mundo social menos capaz de integrar el efecto de teoría -que más que ninguna otra ejerció- represente hoy sin duda el obstáculo más poderoso al proceso de la teoría adecuada del mundo social al que contribuyera, en otros tiempos, más que ninguna otra» (Bourdieu, 1985: 34).

¹⁴ Claro que el lugar por excelencia de las luchas simbólicas es la propia clase dominante. Se trata de una lucha «para lograr la definición del principio de dominación legítimo, capital económico, capital escolar o capital social, poderes sociales cuya eficacia específica puede ser redoblada con la eficacia propiamente simbólica, esto es, con la autoridad que da el hecho de ser reconocido, elegido por la creencia colectiva» (Bourdieu, op. cit.: 251).

cepciones, representaciones y visiones que tienen los agentes de ese mundo, y por las cuales también luchan. De alguna manera, los sistemas simbólicos contribuyen a constituir el mundo, a dotarlo de sentido para quienes viven en él, lo que implicaría pensar que es posible, dentro de ciertos límites, transformar el mundo, transformando su representación¹⁵.

9.2. *El papel de la noción de clases en la explicación de las prácticas sociales*

Habiendo distinguido las diferentes propiedades ligadas a las clases, cabe preguntarnos ahora ¿cuáles son las propiedades que actúan como factores explicativos de las prácticas? O, dicho de otro modo, ¿cómo se establece entonces la relación entre la clase social y la práctica social?

Esta relación se establece, en la perspectiva de Pierre Bourdieu, a través de la lógica específica del campo donde se inserta esa práctica, de lo que en él se encuentra en juego, y de la especie de capital que se necesita para jugar.

El mismo sistema de propiedades tiene siempre la eficacia explicativa de las prácticas, sea cual fuere el campo considerado. Pero el peso relativo de los diferentes factores que constituyen ese sistema varía de un campo a otro, o de un estado a otro —es decir, en momentos históricos diferentes— del mismo campo.

En otras palabras, todas las propiedades incorporadas (en forma de disposiciones duraderas) u objetivadas (bienes económicos, culturales, sociales o simbólicos) que están vinculados a los agentes, constituyen los factores explicativos de las prácticas. Pero, al considerar un campo particular, no todas esas propiedades son siempre simultáneamente eficientes:

... «la lógica específica de cada campo determina aquéllas que tienen valor en ese mercado, que son pertinentes y eficientes en el juego considerado, que, en la relación con ese campo, funcionan como capital especí-

¹⁵ Estas ideas remiten a Durkheim y Mauss, quienes, en 1903, postulan que los sistemas cognitivos vigentes en las sociedades primitivas derivan de sus sistemas sociales. De acuerdo con Wacquant, Bourdieu extiende esta idea seminal en cuatro direcciones: 1) esa correspondencia existe en las sociedades avanzadas; 2) son estructuras homólogas por que están genéticamente ligadas (los esquemas mentales resultan de la incorporación de las divisiones sociales); 3) esa correspondencia cumple funciones políticas (los sistemas simbólicos no son simplemente instrumentos de conocimiento, son también instrumentos de dominación, en la medida en que promueven la integración social de un orden arbitrario); 4) los sistemas simbólicos constituyen objetos de lucha (*enjeu*), de luchas simbólicas por imponer la manera legítima de ver el mundo, por conservarlo o transformarlo. (Bourdieu y Wacquant, op. cit.).

fico y, en consecuencia, como factor explicativo de las prácticas» (Bourdieu, 1988e: 112).

Clase social, habitus, prácticas, son conceptos estrechamente relacionados. Las prácticas sociales de un agente o de una clase de agentes, dependen de las posibilidades específicas que posea, posibilidades que están en relación con el volumen y la estructura de su capital y con los habitus incorporados. El capital objetivado y las disposiciones internalizadas constituyen así, los instrumentos de apropiación de las posibilidades objetivas.

El mundo social no reviste la forma de un universo de posibles igualmente posibles para todos. Así, un determinado tipo de condiciones objetivas dan lugar a cierto tipo de posibilidades objetivas, que son interiorizadas por una categoría de agentes y produce en ellos un determinado sistema de disposiciones. Este sistema de disposiciones realiza una integración única, que implica un tipo particular de «desviación» respecto al haz de trayectorias característico de esas condiciones objetivas.

En consecuencia, la *trayectoria modal* forma parte integrante del sistema de factores constitutivos de la clase. Y en relación con la trayectoria modal es que se define la *trayectoria individual* de un agente.

«La homogeneidad de las disposiciones asociadas a una posición y su aparentemente milagroso ajuste a las exigencias inscritas en la misma son el producto, de una parte, de los mecanismos que orientan hacia las posiciones a unos individuos ajustados de antemano, sea porque se sienten hechos para unos puestos que parecen a su vez hechos para ellos (...) sea porque se presentan como tales a los ocupantes de estos puestos (...) y, por otra parte, de la *dialéctica* que se establece, a lo largo de toda una existencia, entre las *disposiciones* y las *posiciones*, entre las *aspiraciones* y las *realizaciones*» (Ibíd.: 109 —subrayado mío—).

Teniendo en cuenta la sistematicidad de los habitus, de las prácticas y su «ajuste» a las condiciones objetivas, es que se puede comprender que las prácticas, o los bienes que están asociados con las diferentes clases en los diferentes campos de juego, se organicen de acuerdo con unas estructuras de oposición (por ejemplo, distinguido-vulgar) que son perfectamente homólogas entre sí, porque son totalmente homólogas del espacio de las oposiciones objetivas entre las clases de condiciones objetivas.

La clase, pues, constituye un principio explicativo fundamental en la explicación y comprensión de los fenómenos sociales, pero tras la mediación del campo (como estructura de posiciones específica) y del habitus (como las condi-

ciones objetivas asociadas a las clases e incorporadas a lo largo de una trayectoria social).

10. A modo de cierre

«Con Marx y contra Marx», supone, por un lado, que el materialismo está presente en la sociología de Bourdieu, tanto en lo que constituyen los principios fundamentales para la elaboración de una sociología científica, cuanto en la construcción y la importancia asociada a ciertas nociones centrales. Pero también, supone una serie de rupturas a la hora de pensar categorías y lógicas analíticas que permitan cierta comprensión y explicación de los fenómenos sociales.

Esos acercamientos y esas rupturas que se encuentran también asociados especialmente a los otros dos pilares de la sociología: Durkheim y Weber.

Referencias bibliográficas

- Accardo, Alain y Corcuff, Philippe (1986), *La Sociologie de Bourdieu*, Le Mascaret, Bordeaux.
- Balibar, Etienne (1985), «Acerca de los conceptos fundamentales del materialismo histórico», en: Althusser, Louis y Balibar, Etienne, *Para leer El Capital*, México, Siglo XXI, pp. 217-335.
- Bourdieu, Pierre (1972). *Esquisse d'une théorie de la pratique*, París, Droz.
- (1973). «Condición de clase y posición de clase», in: BOURDIEU, Pierre *et al.*, *Estructuralismo y Sociología*, Nueva Visión, Buenos Aires, pp. 72-100.
- (1982). *Ce que parler veut dire*, Fayard, París. [*Que significa hablar*, Madrid, Akal, 1985].
- (1985). «Espacio social y génesis de las 'clases'». En: *Espacios*, N° 2, Buenos Aires, pp. 24-35.
- (1988a). «Puntos de referencia», en: Bourdieu, Pierre, *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa, pp. 44-63.
- (1988b). «Espacio social y poder simbólico», en: Bourdieu, Pierre, *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa, pp. 127-142.
- (1988c). «Fieldwork in philosophy», en: Bourdieu, Pierre, *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa, pp. 17-43.
- (1988d). «El interés del sociólogo», en: Bourdieu, Pierre, *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa, pp.108-114.

- (1988e). *La Distinción*, Buenos Aires, Taurus.
- (1989). *La Noblesse d'Etat*, París, Ed. de Minuit.
- (1994). *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*, Ed. du Seuil, París. [*Razones prácticas, sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 1997].
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc (1992), *Réponses*, París, Ed. du Seuil. [*Respuestas, para una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995].
- Bourdieu, Pierre, Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude (1975), *El oficio de sociólogo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre *et al.* (1970). *Un Art Moyen*, París, Ed. de Minuit.
- Di Tella, Torcuato (1986). *Sociología de los procesos políticos*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Durkheim, Émile (1985). *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Ed. La Pléyade.
- (1897). «Essais sur la conception matérialiste de l'histoire», en *Revue Philosophique*, 643-654.
- Gutiérrez, Alicia (2002). *Las prácticas sociales: una introducción a Pierre Bourdieu*, Tierradenadie ediciones, Madrid.
- Lukács, Georg (1969). *Historia y conciencia de clase: estudios de dialéctica marxista*, México, Grijalbo.
- Marx, Karl, (1857/1968). *Introducción general a la crítica de la economía política*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente.
- (1847/1974). *Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (1978). *Sociología y Filosofía Social*, Barcelona, Ed. Península.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich (1845-46/1970). *La ideología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1970.
- Parkin, Frank (1984). *Marxismo y teoría de clases*, Madrid, Ed. Espasa-Calpe.
- Wacquant, Loïc, «Notes tardives sur le 'marxisme' de Bourdieu», en: *Actuel Marx «Autour de Pierre Bourdieu»*.
- Weber, Max (1984). *La acción social: Ensayos metodológicos*, Barcelona, Ed. Península.